

Teologizar es, por eso, para Eicher, poner de manifiesto las ansias y posibilidades de libertad que brotan de la cruz y desde las que el cristiano puede y debe afrontar los retos del acontecer que le resulta contemporáneo. De ahí su incomprensión y crítica no sólo de la llamada «teología del Magisterio» —es decir, de una teología que se conciba a sí misma como glosa de las declaraciones magisteriales— sino del Magisterio en sí mismo y en general de toda comprensión de la fe que subraye lo doctrinal (pp. 46, 105-107, 212 ss.). De ahí también su cercanía a las teologías de carácter hermenéutico y, en especial a la teología de la liberación (pp. 244 ss.). En suma, y en términos específicos, su concepción de la teología como ciencia práctica, expresión que debe ser entendida en sentido fuerte y reductivo. En el planteamiento de Eicher no hay, en efecto, lugar para un saber especulativo o contemplativo o —dicho en otras palabras, tal vez más exactas o, al menos, más dirigidas a la raíz— para una praxis diversa de la acción histórica.

Por eso no podemos por menos de manifestar nuestro desacuerdo de fondo. Los aciertos parciales —los ya citados y algunos otros, entre los que queremos mencionar su reafirmación de la necesaria conexión entre exégesis y Teología (pp. 164-165)— no pueden ocultar ni equilibrar las deficiencias a las que acabamos de referirnos, ya que se trata de deficiencias que ponen en juego la substancia misma de la Teología; más aún, su mismo objeto. La Teología debe ser palabra que lleve al centro del existir, pero para ello debe hablar no sólo del actuar de Dios en el mundo, sino del propio misterio de Dios. Porque lo que da sentido a la historia es la decisión divina de llamar al hombre a la relación vital y personal con El. El cristianismo es, ante todo y sobre todo, un misterio de comunión, y de comunión precisamente entre Dios y el hombre. Y esta realidad es la que vertebra y dota de contenido al saber y al proceder teológicos.

José Luis ILLANES

Florent GABORIAU, *Théologie nouvelle. Ouvrir le débat*, Paris, FAC Editions (Col. «Théologie nouvelle»), 1985, 170 pp., 14 x 21.

Hace ya algún tiempo, las ediciones FAC comenzaron la publicación de la colección «Theologie nouvelle» que abarca un cierto número de estudios debidos a autores diferentes (Toinet, de Margerie, Perret, Gaboriau), pero caracterizados todos por la preocupación de fundamentar una epistemología en orden a abordar los problemas de una forma renovada.

Después de que la colección a que nos venimos refiriendo hubiera publicado varios volúmenes, F. Gaboriau, autor de dos de las obras introducidas en ella, ha publicado un libro que lleva por título el de la colección: *Theologie nouvelle*. El subtítulo es significativo: *Ouvrir le debat*. La coincidencia del nombre de esta obra con el de la colección responde, por supuesto, a la intención explícita de su Autor, que se

refiere al intento que la colección representa en las páginas 32-45. En realidad, da toda la impresión de que Gaboriau ha tratado de meditar *a posteriori* sobre la razón de ser de un proyecto teológico común, como el representado por la colección «Theologie nouvelle». Como resultado de su reflexión ha redactado las 170 páginas del libro que comentamos, que no es otra cosa que la explicación de las bases histórico-teológicas que justifican y fundamentan el empeño.

La obra de Gaboriau consta de cinco capítulos. En el primero («Tour d'horizon») el Autor, tras referirse a la situación de crisis en que, a su juicio, se encuentra la Teología, comenta tres intentos de renovación: los dos primeros son la *Initiation à la pratique de la théologie*, obra en colaboración, y el *Grundkurs des Glaubens* de K. Rahner; la tercera iniciativa es la colección «Théologie nouvelle» de las ediciones FAC, a la que otorga, como es lógico, sus preferencias. La crítica a los otros dos intentos es decidida, aunque expuesta de forma breve.

El capítulo 2 («Points de repère») es un examen breve de los orígenes medievales de la situación actual de la teología. Gaboriau ve ese origen en Escoto que interpreta a San Buenaventura. Algunos tomistas no están libres del influjo de Escoto y de ideas modernas que tienen en él su origen. El capítulo 3 se refiere a la necesidad de la teología que sigue a la necesidad, en último término, de salvación, y a su fragilidad por depender de la idea que los teólogos se hacen de ella según sus estados diversos. En el cap. 4 se trata de la justificación de los enunciados doctrinales que expresan la Revelación, particularmente de los símbolos, y de la posibilidad de la «la fórmula a proponer para captar la fe en su más breve enunciado» (p. 109).

El capítulo 5 («Ouvrir le débat») concluye con una invitación a considerar de nuevo los fundamentos de la Teología. Este capítulo resume la finalidad del libro. Sospecho que el intento de Gaboriau con esta obra no era tanto el llegar a unas conclusiones definitivas cuanto, como reza el subtítulo, «abrir el debate». Abre el debate él mismo tomando como punto de apoyo los tres intentos teológicos de los que al principio he hablado. Precisamente porque lo que pretende es el diálogo y la confrontación claros, el método que ha seguido en esta obra es, principalmente, polémico, aunque no faltan páginas más sistemáticas. Este libro pide, sin duda, ser complementado con un esfuerzo por ofrecer pistas que ayuden a situar a la teología en sus derroteros eternos y nuevos, es decir, en su actualidad renovada por el Espíritu en la Iglesia.

César IZQUIERDO

Giuseppe GIOIA, *Ateismo e trascendenza*, Palermo, Enchiridion, 1983, 113 pp., 15 x 21.

Se trata de un hermoso ensayo, bien documentado y desarrollado con originalidad y hondura sobre la incapacidad inherente al ateísmo para juzgar, desde un punto de vista filosófico, el hecho religioso.